

AMANECER EN LA MONTAÑA

Por JOSE LUIS MUÑOYERRO

Estamos durmiendo sobre el duro camastro del refugio alpino. La incierta claridad mañanera va dando su contorno exacto a las cosas que, hasta ahora, han estado difuminadas por la alucinante oscuridad. Los últimos rescoldos de los troncos de haya que crepitaban alegres al empezar la noche en el hogar, se han ido apagando lentamente a la madrugada coincidiendo con el descenso de la temperatura. Todos nos hemos estremecido en nuestros camastros, hemos subido las ásperas mantas hasta la frente e incluso alguno, de sueño inquieto, ha dejado oír un quejido.

Pero ya todo ha pasado. Los ruidos nocturnos han cesado. Ya no se oye el rumor del viento en las ramas del hayal próximo, ni una mano poderosa oprime la puerta de hierro como pidiendo asilo. Todo yace en un silencio como de creación recién nacida. Los cuerpos están relajados y disfrutan sin saberlo con descanso tan completo. La claridad tímida y suave, ha entrado por las rendijas de la puerta, por los postigos de las ventanas y con sus dedos de rosa me ha tocado la mejilla. Como impulsado por un aviso invisible me despierto de súbito.

¡Hala, ya es de día! — parece que me dice. Un estallido de gloria y de grandeza. Una visión incomparable, una alegría sin límites, un gozo inefable; todo ésto está ahí fuera. Tras la puerta cerrada. Abrela y tú serás el único propietario de esa belleza que se derrama gratuitamente como un don celestial.

Me levanto, echo una mirada a los cuerpos dormidos de mis compañeros y abro la puerta. El sol todavía no ha salido pero la luminosidad creciente es nuncio inmediato de su rápida venida. El aire tiene un sabor picante y cada cosa se muestra en su sitio como en un almacén bien ordenado.

Aquí, la breve campa cubierta de tupida hierba; allí, los rumorosos árboles con el

frescor del rocío sobre su corteza; más abajo, silencioso a ratos y gorgoreante otros, el riachuelo misterioso que nace dentro de un oscuro antro. Al fondo, el cielo azul de fotografía de color, y las montañas recortadas con la tijera del sol dormido en su pozo.

Cuando me doy cuenta, todos mis amigos están a mi lado contemplando el amanecer. Nos miramos y sonreimos. Hemos aprendido más unos de otros en estos pocos días que en cinco años de trato ciudadano. Cada uno se muestra como es en su nueva faceta. No como un empleado concienzudo, sino como un virtuoso cocinero; no como un abogado lleno de recursos, sino como un alegre fregón de platos; no como un industrial atareado, sino como un leñador excelente. Y sobre todo, como buenas personas, sinceros amigos, estupendos compañeros. No media entre nosotros el interés, ni el cálculo. Aquí estamos todos cotizados en nuestro valor verdadero. El jersey arrugado, el pantalón corto manchado de grasa o la barba hirsuta de tres días, no tienen importancia alguna. Sabemos quienes somos. No miramos la apariencia, ni el diploma, ni el título, ni el apellido. Pesamos más la bondad de corazón y los hechos puros, sinceros.

En un mundo de doblez, engaños, falsía y reclamo publicitario de las propias virtudes, esto es un oasis de paz, sedante del alma y rejuvenecimiento del cuerpo.

Por eso, mientras el disco rojizo-amari-llento del sol madrugador asoma su curiosa nariz sobre la cima del monte lejano, y la última estrella mañanera que temblaba de frío allá arriba desaparece; nosotros todos, en silencio, humildes y reverentes, pensamos que es bello vivir en paz, en la tierra en que uno ha nacido, en el seno de cristianas familias y recibir el regalo maravilloso de un nuevo día a la puerta del refugio del Gorbea, cobijados por su grandiosa cruz.